

Proyecto de ley, iniciado en Moción de los Honorables Senadores señores Chahuán y Pugh, que concede, en forma póstuma y por especial gracia, la nacionalidad chilena al sacerdote español señor Kepa Bilbao Laka.

Exposición de motivos.

Nuestra Constitución Política, en su artículo 10 N° 4, establece que son chilenos, los que obtuvieren especial gracia de nacionalización por ley, lo que constituye indudablemente el más alto honor que el Estado chileno puede conferir a un extranjero, en razón de su aporte al país y entrega al servicio de la nación, en determinadas actividades específicas que hayan alcanzado una relevancia nacional.

Mediante esta moción, y por su noble entrega al país deseamos que el Estado chileno otorgue la nacionalización por gracia, y en forma póstuma, al sacerdote español Kepa Bilbao Laka.

El padre Kepa Bilbao Laka nació el 6 de marzo de 1934, en la localidad de Berriatúa, un pequeño caserío del País Vasco, ubicado entre hermosas montañas, cerca del mar, a unos sesenta kilómetros de la ciudad de Bilbao.

Le recibe una familia humilde, donde nacieron 9 hijos, falleciendo al nacer uno de ellos. Su padre, José María Bilbao, trabajaba en la construcción, probablemente de allí le viene al padre Kepa, su interés por construir, ello, según sus propias palabras. Su madre, Petra Laka, a cargo del cuidado de los hijos, la huerta y todo menester que permitiera ganar algunas pesetas para la casa.

Es en este contexto, marcado por las carencias propias de las zonas rurales, época de preguerra y revolución española, donde se moldeó su carácter desde temprana edad. La necesidad obligaba a sus padres a salir a buscar el sustento y con ello Kepa asumió responsabilidades que no eran habituales para un niño de su edad. Tuvo que colaborar en la crianza de sus hermanos y hermanas menores, además de ayudar en la huerta familiar, algo clave para la sobrevivencia familiar.

De estos tiempos, el padre comentaba, lo difícil que fue para los vascos la vida. Recordaba que ellos solo hablaban el euskeda, nada de español y en la escuela del pueblo durante el franquismo, solo se impartían clases en español. Allí se impartían los cursos básicos, hasta sexto en un salón, luego pasar de curso, consistía sólo en cambiar de banca.

El hambre fue también tema en esta época.

Él recordaba como de niños, junto a sus padres, caminaban al molino de noche para recoger los restos de harina que quedaban en el suelo, después que los soldados de Franco, se llevaran prácticamente todo.

Este vínculo forjado con su familia, y su profunda fe en Dios, serán claves, para poder enfrentar una larga separación de ellos, que tendrá que vivir en su futuro. Amaba su tierra natal. Siempre estuvo, a pesar de la distancia, conectado a ellos y se preocupó de mantener esta unión, rodeándose de fotos de sus hermanos, sobrinos y de la familia en general.

Desde joven manifestó una clara inclinación hacia la vida religiosa. Movido por esta vocación, ingresó a la orden de los Carmelitas, en el seminario de Amorebieta, Vizcaya, luego el noviciado en Larrea, en la Parroquia San Juan Bautista.

En este tiempo, durante tres meses estuvo en los Carmelitas de Markina. Se ordenó sacerdote y dio su primera misa el 16 de julio del año 1963, en el convento de los Carmelitas en Bilbao.

Completó su preparación en el convento de la orden, en el barrio de Santutxu de Bilbao.

Su tiempo en el país Vasco, luego de ordenarse sacerdote, fue breve, ya que la congregación decidió enviarlo a América para que allí desarrollara parte de su labor misionera. Aunque inicialmente su destino sería Perú, al final, fue cambiado por Chile, arribando a Valparaíso, en 1966, luego de una larga travesía marítima desde el puerto de Barcelona.

Después de pasar un par de días en la ciudad puerto, tomo rumbo a San Fernando, localidad que está a 245 kilómetros al Sur, donde se integra como superior a la Comunidad Carmelita.

Además de su rol parroquial, también aportó en la formación espiritual de los estudiantes del colegio Hermanos Maristas y con las religiosas del hogar de ancianos, donde acompaña a los residentes necesitados de su apoyo.

Destaca en este tiempo, su trabajo para la terminación del templo carmelitano y la casa de los hermanos. En lo espiritual, fue prolifero en la formación de grupos juveniles.

En este periodo comenzó a destacarse por un fuerte compromiso social, lo que le permitió el desarrollo de una intensa labor pastoral, atendiendo capillas y comunidades, además se incorporó a la Segunda Compañía de Bomberos Chile España de San Fernando, donde sirvió hasta su traslado a Viña del Mar en 1970.

Llegó para hacerse cargo de la comunidad de los hermanos Carmelitas. En esta parroquia, logró organizar a los fieles, incorporándolos a la acción social, muchos de los cuales le acompañarán el resto de su vida en otras misiones.

Le tocó enfrentar la restauración del templo, que resultó muy dañado luego del terremoto de

1971. Lo mismo que enfrentó con el colegio carmelitano, ubicado en 5 norte, que en ese entonces dependía de la misma comunidad religiosa.

Para él, la educación siempre fue un eje central de transformación social y humana. Posteriormente, siguiendo su particular llamado vocacional, que le impulsa a orientar su labor sacerdotal al mundo de la educación, decide, con mucha pena, dejar la Orden Carmelita para ejercer como sacerdote secular.

Es así como se incardina en la Diócesis de Valparaíso, siendo su obispo, Monseñor Emilio Tagle Covarrubias.

Este le encomendó iniciar la parroquia Sagrado Corazón de Jesús en Miraflores Alto, un sector nuevo de la comuna, que poco a poco comienza a transformarse en uno de los más populosos. Allí comienza la etapa más fecunda de su vida y de su legado en Chile.

Cuando llegó a Miraflores, en 1973, no existía una parroquia como tal, sino sólo una pequeña choza utilizada como capilla. Desde allí, con una energía incansable y una vocación heredada del espíritu constructor de su padre, comenzó a levantar obras que transformarían profundamente a la comunidad.

Gracias a sus redes de apoyo y su incansable espíritu, impulsó el crecimiento de la parroquia y de su acción social.

En 1976 fundó el Liceo Teresa de los Andes, colegio particular subvencionado que llegó a tener durante su periodo de rector, cerca de 850 estudiantes desde pre kínder hasta cuarto medio. Paralelamente se encargó de construir el templo parroquial y diversas capillas en sectores como Las Pataguas, donde se levantó la capilla Padre Francisco Palau, y Granadilla.

Durante estos 16 años que permaneció en el sector, entre otras propiedades, compró un terreno de 12.000 metros cuadrados, que fue concebido para la construcción definitiva del Liceo Teresa de los Andes, donde actualmente se encuentra parte de la Quinta Comisaria de Carabineros.

Durante el Gobierno Militar, su obra social se hizo más humana y vital. Impulsó un comedor comunitario que alimentaba diariamente a alrededor de 300 niños, utilizando para ello el local de la Junta de vecinos de granadilla 2.

Gestionó donaciones de alimentos y los distribuía personalmente, además de canalizar ayuda de Caritas Chile en vestuario y harina.

Es en este periodo cuando da inicio a su proyecto educacional en Reñaca Alto, en el año 1987.

En 1990 fue trasladado a la parroquia San Martín de Tours, en Quillota. La comunidad de

Miraflores lo despidió masivamente, acompañándolo en su partida.

Aunque cambió de ciudad, el vínculo con Miraflores nunca se rompió.

En paralelo, desarrolló una visión educativa profundamente inclusiva en Reñaca Alto.

Fundó el colegio Rebeca Fernández en 1987, el colegio Josefina Magasich Arce en 1991 y el colegio Juanita Fernández en 2001. Estos establecimientos conforman hoy la Fundación Padre Kepa Bilbao Laka.

Para el padre Kepa, la educación debía ser integral, de calidad y respetuosa de la diversidad.

Fue pionero en inclusión educativa, incorporando profesionales especializados antes de que la ley lo exigiera. Nunca discriminó por religión y abrió los espacios educativos a toda la comunidad. Los colegios según sus palabras, deben ser espacios de crecimiento para su comunidad y entorno, luego están disponibles a las necesidades de su entorno.

En Quillota, fundó el Hogar de Ancianos San José, dedicado al cuidado de adultos mayores en situación de vulnerabilidad, institución que hasta el día de hoy permanece, bajo el cuidado de los hermanos Siervos de Jesús.

Mientras fue párroco en San Martín de Tours, restauró el templo, incorporando nuevos altares, estos ahora son de mármol, se cambió el antiguo piso de flexit, por porcelanato. Construyó un nuevo velatorio, restaurando la techumbre y se encargó de la reparación de la casa parroquial, que estaban en muy malas condiciones.

A lo anterior sumó la construcción y restauración de múltiples capillas.

Capilla Jesús crucificado, del sector de la Palma en Quillota, conocida también como capilla del reloj, fue restaurada siguiendo el modelo histórico original.

Capilla san José del sector los Lúcumos, junto a la comunidad, se compraron los materiales para reconstruir.

Capilla Santa Teresita, que fue con una donación conseguida por el padre Kepa, restaurada y modernizada.

Capilla de Rauten, restaurada.

Capilla Virgen de las Nieves de Manzanares, restaurada siguiendo el diseño original de este monumento nacional.

Capilla Nuestra señora del Rosario de Pompeya, sector el Bajío. Cuando el padre llega es una mediagua. Allí la construyó completamente, dejando un templo para 300 personas al servicio

de la comunidad.

El año 2011, es nuevamente trasladado al sector de Recreo, en Viña del Mar, a la parroquia Madre de Dios. Allí nuevamente trabaja en la restauración del salón parroquial, el velatorio y el templo, mejorando sus condiciones, para poder desarrollar toda la inmensa labor pastoral que la comunidad le exigía.

Esta será la última responsabilidad parroquial que el padre Kepa desarrolle. Después de finalizar su responsabilidad de párroco, siguió trabajando hasta el último día de su vida, en su proyecto más importante, sus niños de la Fundación, que hoy lleva su nombre.

A este periodo corresponde la etapa de las donaciones. Siempre estuvo en sus deseos algún día hacer un museo. El padre Kepa era un amante y conocedor de las antigüedades y durante su vida se encargó de coleccionar, pinturas, muebles, objetos de cerámica, de importante valor cultural y patrimonial.

Sin embargo, al final de su vida, reconociendo lo complejo que era hacer el museo, por los costos que esto conlleva, tomó la decisión de ponerse en contacto con la Municipalidad de Viña del Mar, con su entonces Alcaldesa, Sra. Virginia Reginato y la encargada cultural, Sra. Eugenia Garrido, a quienes les entregó una importante donación de pinturas, cerámicas y objetos de valor artístico y culturales, para que fueran expuestos en los museos de la ciudad.

De estos, muy poco alcanzó a ver en exposición, lo que fue una pena al final de sus días. Sus últimos años, fueron difíciles de salud, lo que lo obligó a ser hospitalizado reiteradamente, falleciendo el 13 de junio del año 2019, de una insuficiencia multisistémica. Detrás, deja sus obras, que como muchas veces señaló, eran de Chile.

Durante todo su sacerdocio, el padre Kepa vivió la renuncia, que la vida religiosa exige para poder dedicarse a ella totalmente. Por ello dejó su tierra natal, a su familia, hermanos, sobrinos y sobrinos nietos. Esta elección estuvo marcada por el dolor, pero también por una profunda alegría.

Chile se convirtió en su segunda Patria, en su verdadero hogar. Tanto fue así, que en Berriatúa se inauguró por él, la Plaza Chile, y en su tumba, junto a la de sus padres, hoy ondea la bandera chilena.

Fue un vasco perseverante, firme y trabajador. Defendió con convicción proyectos que parecían imposibles, como la creación del colegio Rebeca Fernández, pese a la resistencia de autoridades de la época, que consideraban innecesaria su existencia. Para él, era esencial ofrecer a los niños espacios hermosos, fomentar el arte, el deporte y la sensibilidad. Sus palabras apuntaban a mostrar a los estudiantes otras opciones, "si no conocen otra cosa, como pueden elegir", decía.

Vivió el Evangelio en profundidad y en la acción, según sus palabras era necesario algo más que las palabras. Fue criticado por algunos por preocuparse de lo material, pero para el padre Kepa, tener lugares dignos para alabar a Dios y acoger a los fieles, era una forma de amar. Sus obras quedan como testimonio de trabajo y son al mismo tiempo soporte visible para educar y hacer crecer en los fieles su formación espiritual. Gracias a su labor miles de familias recibieron acompañamiento, sacramentos y apoyo.

En el anonimato, ayudó a muchas familias, quiénes con su apoyo alcanzaron a cumplir el sueño de la casa propia.

El cariño forjado en cada una de sus estaciones pastorales, le siguió durante su vida y no era extraño, que un fin de semana viajara rápidamente a San Fernando para realizar un matrimonio, bautizar o simplemente despedir algún amigo de años atrás. Tenía un fuerte compromiso con sus amigos de la vida.

Hoy antiguos alumnos viajan hasta su tierra natal para conocer sus raíces. A través de ellos su obra sigue viva.

Al fallecer, dejó en Chile una herencia que continúa creciendo: colegios que hoy atienden a más de 1.700 estudiantes, más de 270 trabajadores y una comunidad marcada por el servicio a los otros, la inclusión y la dignificación humana

Sin duda, Chile le debe mucho al padre Kepa Bilbao Laka.

Por las consideraciones expuestas, sometemos a la aprobación del Senado, el siguiente

PROYECTO DE LEY:

Artículo único: “Otórguese la nacionalidad chilena por especial gracia, y en forma póstuma, al sacerdote español Kepa Bilbao Laka,”